

ANTICLERICALISMO

En España está en baja el anticlericalismo. Y eso es malo. Nuestra tradición es muy distinta. Cualquiera que repase nuestra Historia encontrará una firme corriente que se opone clara y decididamente al dominio y a los abusos del clero. Y esa corriente no vino precisamente del mundo no-religioso, sino principalmente de las filas católicas.

En el siglo XIX el signo cambió, y empezó a centrarse esa sana y necesaria crítica fuera del ámbito de los creyentes. Los católicos españoles empezamos a perder categoría e independencia y caímos totalmente en manos del clero. Por eso surgieron, de otros campos alejados de la Iglesia, figuras que representaron a aquellos antiguos críticos católicos que habían saneado nuestra religión. Y se hizo el católico conformista, beato y de poca personalidad: lo único que sabía era ser el perro fiel de su amo; en una palabra: el guardián del clero. Lo contrario de lo que fue hasta entonces. Y así nos ha ido de mal. España por eso se dividió en dos facciones y se crearon —como en tiempo de la Segunda República— dos bandos irreconciliables que ondeaban unos la bandera de la religión y otros la contraria. Y el franquismo fue expresión culminante de la nueva postura clerical de los siglos XIX y XX, aplastando al bando contrario.

Por eso —salvo detalles de desenfado— hay que alabar el fondo del artículo que escribió Fernando Savater en *El País*. Y hay que hacerlo pasado el apasionamiento del primer momento a favor o en contra de esta nueva y sutil "Osadía clerical" que él criticaba.

La revista *Restauración*, de los protestantes españoles, se ha sumado a esta opinión inconformista del batallador Savater, que yo también sustento. Yo adopto esta actitud radicalmente crítica siguiendo las mejores tradiciones del catolicismo y, en particular, del antiguo catolicismo hispano que no tenía pelos en la lengua contra la frecuente tiranía clerical de entonces.

Fuera de nuestras fronteras ahí está también, por ejemplo, San Luis Rey de Francia, que tenía como católico una clara vertiente anticlerical, a juzgar por lo que de él contaron sus más cercanos colaboradores. O el Dante, que al escribir su *Divina Comedia* metía entre las llamas de las calderas de Pedro Botero a tres Papas: Nicolás III, Bonifacio VIII y Clemente V. Y conste que Bonifacio, a quien criticaba duramente, vivía cuando Dante publicó su obra.

Y nada digamos de los bajorrelieves que

hay en los coros de las catedrales, en los cuales se veían siempre en primer plano las mitras de los obispos entre las llamas del Averno para que así se ilustrasen los fieles sencillos.

O aquellas terribles diatribas populares —y hasta populacheras— de San Antonio de Padua dirigiéndose a las multitudes del siglo XIII llamando "ladrones" a los sacerdotes, "avaros e ignorantes" a los prelados, los cuales estaban además, según él, metidos en "negocios y embrollos temporales", y todas juntos —"prelados, religiosos y religiosas"— se emborrachaban de "porquería y abominación".



Esa línea siguieron en España el arcipreste de Talavera, Rojas, el autor de *La Celestina*; Berceo, Hernando del Pulgar y el canciller Ayala, que descubría con descarnada franqueza "los vicios de frailes y clérigos con placentero regodeo", como comentaba con alabanza el mallorquín fray Alonso de Turneda, precursor del pacifismo de nuestros objetores actuales de conciencia.

No se quedaron tampoco cortos nuestros místicos en sus aceradas críticas anticlericales, como el padre Osuna —mentor de Santa Teresa—, quien llamó "obispotes" a la mayoría de nuestros obispos, y conste que el término "obispillo" significaba algo tan despectivo como "la rabadilla de las personas".

Estos francos cristianos atendían el consejo que siglos antes había dado un santo

lleno de inteligencia y valentía, San Juan Crisóstomo, quien decía a sus fieles: "No dejéis a los sacerdotes el cuidado de la Iglesia". O lo que siglos después repetía el Papa León IX ante los excesos del clero: "Quien silencia el vicio o lo estimula debe perecer de igual modo que el pecador a quien defiende", y él mismo practicó esta crítica convocando una asamblea popular para sacar a relucir públicamente las faltas de los altos dignatarios de la Iglesia.

La razón de todo ello la da, desde un punto de vista creyente, otro inteligente Papa, León XIII, quien en 1899 decía: "El historiador de la Iglesia será tanto más diestro en hacer resaltar su origen divino cuanto más sincero sea en no disimular lo más mínimo... las culpas de sus hijos y de sus ministros".

Los creyentes debemos hacer como San Francisco de Asís y sus primeros seguidores, que en el trato con los sacerdotes de su tiempo hacían abstracción de si eran buenos o malos. Se limitaban a respetar su carácter sacerdotal cuando necesitaban pedirles los sacramentos y no se aficionaban —ni para bien ni para mal— a su condición humana pecadora, que suponían que había de ser rechazada sin contemplación alguna, como practicaba San Antonio de Padua.

La postura verdaderamente católica no es la sumisión que había enseñado el padre Astete, sino la adoptada por un célebre obispo contemporáneo, monseñor Hallinan, cuando recomendaba con toda razón: "¿Qué nos importa la clase de Papa que tengamos?, ¿y qué si nuestro obispo es un avaro?". Lo importante —como les enseñaba Pío XI a los universitarios católicos— es aceptar vitalmente el Evangelio, y lo demás, si no está a su servicio, nada les debe importar a los católicos.

Los creyentes no debemos ser unos paguatos, ni unos ilusos, ni tampoco unos sumisos a la organización eclesial, que tiene muy poco de divina y casi todo de humana. Por eso yo propugno que desaparezca casi totalmente su estructura, para que el clero —alto, mediano o bajo— no nos dé la lata con sus acciones de "metomentodo".

Yo siempre he dicho que lo que necesitamos en España no es mejor clero, sino menos clero, para que esté en el modesto sitio que le corresponde. Y —mientras no sea así— hemos de practicar el sano ejercicio del anticlericalismo, que nos lo agradecerán los que creen de verdad en el Evangelio, por un lado, y los que creen sólo en el hombre, por otro. ■